

Estado, subjetividad, ciencia y sociedad tecnológica

State, subjectivity, science and technological society

Raúl Pérez Sastre

Universidad de Salamanca y Fundación Cencillo de Pineda (España)

Resumen. La sociedad tecnológica, basada, tanto en la existencia de las burocracias estatales, como en un sistema económico fundado sobre la dominación, tiene unas causas y unas consecuencias concretas sobre la subjetividad humana. Por otra parte el término “alienación” parece encajar, en muchos aspectos, con esta realidad. Se analiza el papel del estado, la tecnificación y la ciencia en la subjetividad a través de diferentes textos tanto del ámbito filosófico como del psicoanálisis.

Palabras clave: alienación, ciencia, estado, sociedad tecnológica, subjetividad

Abstract. The technological society, based both in the existence of state bureaucracies and in an economic system founded upon domination, has some concrete causes and consequences on human subjectivity. Moreover, the term “alienation” seems to fit, in various ways, with this fact. The role of the state, technification and science is analyzed in different texts in philosophy and psychoanalysis fields.

Keywords: alienation, science, state, technological society, subjectivity.

Introducción

En la práctica de la psicoterapia nos encontramos –a poco que podamos cuestionar qué es lo subyacente a muchas de las denominadas “patologías mentales”– con la necesidad de plantearnos ciertas cuestiones, que, en mayor o menor medida nos están afectando. Nos afectan en cuanto a que dependiendo de nuestra concepción del ser humano –que ya nos ha marcado previamente a la hora de adscribirnos a una u otra “escuela” de psicología, si es que no nos hemos dejado adoctrinar ya desde la formación universitaria–, cambia radicalmente el discurrir de toda la terapia.

En este punto, no podemos desdeñar la base filosófica que sustenta cada edificio teórico. Esta base filosófica debe terminar, para no caer en un mero ejercicio intelectual, en un análisis de la realidad que repercute a su vez en una praxis. Este proceso es imprescindible para realizar un ejercicio responsable y honesto de la psicoterapia.

En este artículo intentaremos analizar el papel del estado y de la sociedad tecnológica en la subjetividad, la relación de la alienación con la patología, al menos a un nivel social. Paso previo para encuadrar el ejercicio de la psicoterapia –no necesariamente orientado políticamente.

El estado como organización de la sociedad

Al referirnos al estado como forma de organización social, no nos referimos a cualquier forma de organización de la sociedad. El ser humano, incapaz de sobrevivir durante generaciones en forma de individuos aislados, se organiza en forma de sociedades, más o menos grandes, y con un nivel de complejidad mayor o menor. Eso no quiere decir que la organización en forma de estados sea la única que ha existido y existe, ni que ésta sea “más evolucionada”, si nos abstraemos de nuestro punto de vista etnocéntrico.

Aunque, en el mapa político del globo terráqueo, el ámbito territorial de los diferentes estados abarca casi todo el territorio habitable, la efectividad de dichos estados para organizar la vida dentro de esos territorios es variable, no sólo porque en muchos de esos lugares los medios coercitivos de los que dispone la estructura estatal no sean efectivos, sino porque en muchos lugares, la organización de la sociedad al margen de ese estado, y quizá de forma paralela a él, tiene la suficiente importancia como para hacer imposible la gestión del espacio –público o privado– de la cual se ocupa la propia sociedad, o grupo social concreto dentro de la misma.

Desde este punto de vista, podemos catalogar diferentes facetas o funciones del estado como organizador social:

Como “gestor”, el estado dispondría de recursos económicos, y sociales, que gestionaría en lugar de la gente que compondría ese estado.

Como “garante de la seguridad”, el estado pondría los medios coercitivos necesarios para mantener la seguridad de las personas administradas por él, frente a amenazas tanto internas como externas.

Hobbes (1615), en el capítulo XVII de su *Leviathan*, en el que habla de las “causas, generación y definición de un estado”, explica cómo el fin del estado es, particularmente, la seguridad. Según Hobbes, “las pasiones naturales, que nos inducen a la parcialidad, al orgullo, la venganza y a cosas semejantes”, son contrarias a las leyes de la naturaleza. Por eso es necesario reducir las múltiples voluntades de la multitud a una sola voluntad. Para Hobbes supone transferir el derecho de un hombre de gobernarse a sí mismo a otro hombre, o a una asamblea de hombres, con la condición de que el resto de semejantes lo haga.

Hobbes (1615) ya distingue entre Súbdito, que es quien se somete a la autoridad estatal, y Soberano, que es quien ostenta esa autoridad. También distingue dos conductos para alcanzar ese poder soberano: “La fuerza natural”, derrotando por la fuerza a quien se opone, y concediendo la vida a cambio de la sumisión, o “por acuerdo”, cuando los hombres se ponen de acuerdo para someterse a un hombre o asamblea de hombres voluntariamente.

El estado es pues, para Hobbes (1615), una suerte de protector y garante de la integridad de las personas, que pone los medios coercitivos necesarios para garantizar esa

seguridad e integridad. La misión principal del soberano, de quien ostenta el poder de gobernar, sería “procurar el bien del pueblo”. Esto se extiende, desde nuestro punto de vista, a la burocracia estatal, en quien el soberano, sea éste quien sea, delega sus funciones. Incluso en la ideología de la llamada “democracia 2.0” en que se pretende convertir el sistema estatal en algo accesible a la intervención directa de los ciudadanos hasta en el ámbito legislativo, no se cuestiona el papel de la burocracia. Quizá por dar por sentado que es necesaria para la organización social, cuando, al menos desde el punto de vista de este trabajo, sólo lo es para la existencia de la organización estatal.

Leyendo a Marcuse (1965), nos podemos encontrar con los siguientes pasajes:

La rebelión contra el padre es una rebelión contra la autoridad biológicamente justificada; su asesinato destruye el orden que ha preservado la vida del grupo. Los rebeldes han cometido un crimen contra la totalidad y por tanto contra sí mismos. Son culpables ante los otros y ante sí mismos, y deben arrepentirse. El asesinato del padre es el crimen supremo, porque el padre estableció el orden de la sexualidad reproductiva y así es, en su persona, el género que crea y preserva a todos los individuos. El patriarca, padre y tirano en uno, une el sexo y el orden, el placer y la realidad; evoca el amor y el odio; garantiza las bases biológicas y sociológicas de las que depende la historia de la humanidad. La aniquilación de su persona amenaza con aniquilar la misma vida duradera del grupo y restaurar la destructiva fuerza prehistórica y subhistórica del principio del placer...

Mientras más cercana está la posibilidad de liberar al individuo de las restricciones justificadas, en otra época por la escasez y la falta de madurez, mayor es la necesidad de mantener y extremar esas restricciones para que no se disuelva el orden establecido. La civilización tiene que defenderse a sí misma del fantasma de un mundo en el que puede ser libre.

Como podemos observar, los paralelismos entre Hobbes y Marcuse, en este aspecto, son evidentes. El estado, organizador de la sociedad, tiene una función represiva. Esta función represiva, interiorizada en mayor o menor medida, y hasta cierto punto, considerada como natural y necesaria es lo que subyace a cualquiera de las otras funciones que puede desempeñar el estado. Cualquiera puede valorar, a la luz de los hechos y observando datos económicos y sociales, en qué medida el estado funciona como gestor de recursos para procurar el bien común, garante de la seguridad, o como instrumento de represión (es decir, en qué medida el estado funciona como garante del bienestar o como instrumento de control social).

La burocracia

La forma en que se manifiesta el estado, en sus diferentes formas, es la burocracia. Este es otro concepto importante para distinguir la gestión comunitaria de la sociedad de la gestión estatal. La burocracia supone un sistema racionalmente creado para intermediar entre las personas y el resto de la sociedad, introduciendo entre las dos partes la regulación “legal” o “normativa”.

Así, el individuo, para poder interactuar con la estructura estatal, necesita interactuar con la burocracia. Incluso cuando el estado impone sus medidas coercitivas, lo hace mediante la burocracia.

Tomamos como ley que la burocracia estatal se extiende allá donde puede extenderse, así, si puede regular la totalidad del ámbito público lo hace –y esto sucede en países como España. Por ejemplo, si la educación se entiende como un asunto “público”, por ser un derecho fundamental de todos los niños, la obligatoriedad de la escolarización sería una regulación burocrática que va más allá de garantizar el acceso de los niños a una serie de conocimientos, ya que un proyecto de educación no escolarizada es susceptible de ser sancionado sin tener en cuenta que puede garantizar igualmente el acceso de los niños a los conocimientos, es decir, que se protegería el cumplimiento de la ley, no la defensa de los derechos que teóricamente protegería esa ley. Es necesario no confundir la existencia de la burocracia con la existencia de “lo público”. No importa de quién sea la gestión de esa burocracia; y siguiendo con el ejemplo de la educación, mientras esta se adapte a las normas impuestas estatalmente, puede ser “pública” o “privada”, aunque en ambos casos debe ser compatible con esas normas.

La burocracia estatal puede extenderse también al ámbito privado, siempre que los individuos consientan esa intromisión. No hace falta ir a regímenes autoritarios y/o dictatoriales, o a novelas distópicas de ciencia ficción, como *1984*, o *A Brave New World*. Esta expansión del estado en el ámbito privado se da en cualquier tipo de régimen estatal, incluidos los parlamentarios, siempre que los individuos lo consientan. Como ejemplo de expansión del estado al ámbito privado, podemos hablar de algunas ordenanzas municipales, que pueden llegar a establecer medidas para evitar que la gente vista de ciertas formas en el ámbito municipal de un ayuntamiento concreto (como ejemplo podemos ver la publicada en el BOP Valladolid nº 76, de 31/03/2012).

La Sociedad Tecnológica

Puede creerse en la posibilidad de una nueva regulación de las relaciones humanas, que cegará las fuentes del descontento ante la cultura, renunciando a la coerción y a la yugulación de los instintos, de manera que los hombres puedan consagrarse, sin ser perturbados por la discordia interior, a la adquisición y al disfrute de los bienes terrenos. Esto sería la edad de oro, pero es muy dudoso que pueda llegarse a ello. Parece, más bien, que toda la civilización ha de basarse sobre la coerción y la renuncia a los instintos (Freud, 1927).

Con este párrafo de Freud podemos relacionar la coerción de los instintos, la represión, con el avance de la cultura, de la sociedad.

Para poder abordar de forma estructurada este tema, empezaremos tratando de explicar, en pos de establecer un marco de lenguaje común, algunos de los términos nucleares de la exposición, que al igual que el mismo término de “sociedad tecnológica”, pueden ser equívocos.

Con sociedad tecnológica, podemos referirnos, no a una sociedad en que el ser humano ha aprendido a controlar los elementos del medio para su propia supervivencia, ya

que eso implicaría establecer una equivalencia absoluta entre “sociedad humana” y “sociedad tecnológica”, sino a una sociedad industrializada, no sólo en cuanto al nivel de tecnificación, sino también, en cuanto a la estructuración social, como veremos más adelante, en forma de estado y de burocracia. Este punto de vista permitiría analizar nuestra sociedad en comparación con otras sociedades tecnológicas, como la egipcia o la romana, que también podrían ser consideradas, desde este punto de vista, formas pasadas que ha adoptado nuestra misma sociedad, y frente a otras sociedades no organizadas en la forma de “estado”.

Lo cierto es que, como señala Mumford en su obra “El mito de la máquina. Técnica y evolución humanas” (1967), se ha dado una importancia exagerada a los utensilios producidos, ya desde los albores de la humanidad. Al menos a los que se han conservado, es decir, las rudimentarias herramientas de piedra que nuestros antiguos antepasados empezaron a utilizar. Se le ha dado demasiada importancia a la fabricación y utilización de herramientas como constitutivos de algo que sería inherente a la humanidad, y cito textualmente a Mumford, porque:

Si los primeros investigadores hubiesen apreciado debidamente la equivalencia funcional exacta entre la fabricación de herramientas y la fabricación de utensilios, les habría resultado evidente que no hay nada notable en los artefactos de piedra tallados por el hombre hasta que la evolución de éste ya está muy adelantada. Incluso un pariente lejano del hombre –el gorila– sabe hacer colchones de hojas para dormir confortablemente sobre ellos, y tender puentes de grandes tallos de helechos sobre arroyos poco profundos, seguramente para no mojarse ni lastimarse los pies. Y hasta los niños de cinco años, que ya saben hablar, leer y razonar, dan muestra de escasa aptitud para usar herramientas, y mucho menos para fabricarlas; por tanto, si lo que contara fuese la fabricación de herramientas, apenas podría considerárseles humanos. (Mumford, 1967).

En primer lugar, es preciso tratar de ver cómo hemos podido llegar a un nivel de tecnificación como el actual, qué ha pasado para que lo adoptemos, y qué consecuencias ha tenido, y tiene, en nosotros. Trataremos de cuestionar el papel de la ciencia como el supuesto motor del progreso, qué significa ese mismo progreso, así como las relaciones entre la ciencia y los poderes sociales.

Erich Fromm (1968) define como un principio fundamental de la sociedad tecnológica actual “la máxima de que algo debe hacerse porque resulte posible técnicamente hacerlo”, así dice “si es posible fabricar armas nucleares, deben fabricarse aun cuando puedan destruirnos a todos”. El segundo principio definido por Fromm es el de “máxima eficiencia y rendimiento”, a costa de la individualidad de las personas, y a costa, incluso, de la eficiencia y rendimiento futuros, ya que este principio es, mayormente, cortoplacista. (Fromm, 1968).

Estos dos principios que sugiere Fromm, aluden a la parte más “productiva” de lo que supone la sociedad tecnológica, pero pueden completarse también incluyendo el cómo progresa esta sociedad, es decir, a dónde vamos.

Fromm (1968) prosigue su análisis diciendo que la misma sociedad tecnológica transforma al hombre en *homo consumens*, que cuando no produce, está consumiendo, en un eterno succionador, que en realidad, no puede nunca quedar saciado. Produce un “síndrome de enajenación” (aquí las relaciones con Marx son más que evidentes), que hace que por la actitud pasiva de los individuos en la sociedad, no puedan asimilar nada de lo ingerido, sintiéndose el individuo “impotente, solo y angustiado con un escaso sentido de su integridad y su identidad”.

De momento, hay que señalar esa “pasividad frente a lo que venga”, así como la dependencia de los bienes de consumo y supuestas comodidades que esta sociedad en teoría nos aporta. “La producción de demasiadas cosas útiles da como resultado demasiados hombres inútiles. La maquinaria se adapta a la debilidad del ser humano para convertir al débil ser humano en una máquina” (Marx, 1844, en Fromm, 1968). En estas citas podemos empezar a entrever el papel que tiene la sociedad tecnológica en la subjetividad. Pero entendiendo la burocracia estatal, el estado, como una parte más del acervo tecnológico humano –está creado artificialmente con fines, y una utilidad práctica–, podemos comprender por qué, aquellos que hemos nacido dentro de esta sociedad, no podemos pensar fuera de esa burocracia, como vimos anteriormente.

La alienación

Podemos considerar que esos efectos de la tecnología, tanto “mecánica” como “social”, en cuanto a que nos desligan de nuestra naturaleza humana, empezando por la capacidad de “ser útiles” y acabando en cómo vivir nuestra vida, son lo que podemos considerar alienación.

Marx (1844) ya advertía sobre la alienación: “Es evidente que cuanto más se vuelca el trabajador en su trabajo, tanto más poderoso es el mundo extraño, objetivo que crea frente a sí y tanto más pobres son él mismo y su mundo interior, tanto menos dueño de sí mismo es. Lo mismo sucede en la religión: Tanto más pone el hombre en Dios, tanto menos pone para sí mismo”. Los paralelismos son claros.

La sociedad del ocio es la consecuencia irracional de la división del tiempo dentro del mundo del trabajo.

Nuestra vida ha sido y es cuadrículada por una interpretación del tiempo, partiendo de los segundos hasta los siglos o milenios, todo es una abstracción matemática para crear un orden artificial donde prima el dominio y la sumisión.

Por lo tanto, el tiempo que hemos creado no sólo sirve para medir el tiempo productivo sino que también sirve para medir el tiempo de consumo, de esta forma el tiempo que tenemos disponible se convierte inevitablemente en tiempo de consumo, es decir, de ocio.

El ocio ha sido y es una forma más de control, pero la diferencia en este caso es que el control no es físico sino mental.

El ocio no es diversión ni mucho menos tiempo disponible, aunque aparente serlo. El ocio es la conquista total del poder en nuestra forma

de ser y, por lo tanto, la diversión será impuesta como forma de evasión. Es decir, que la evasión servirá como desahogo de todas las frustraciones, miserias y ansias de rebelión de las personas.

(Varios autores, 2003)

Este texto, extraído del libro *Afilando nuestras vidas*, editado y publicado por la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, hace referencia al ocio dirigido dentro del sistema capitalista en unos términos que podríamos encontrar fácilmente equiparables con los términos que utiliza Erich Fromm¹. En términos marxistas, forma parte de la alienación.

Sociedad de conocimiento

Scientia est Potentia. “El conocimiento es poder” es una frase atribuida a Francis Bacon, uno de los padres de la ciencia moderna, aunque el verdadero “padre” de esta máxima podría ser el ya citado T. Hobbes. Hemos empezado a hacer el análisis de la sociedad tecnológica desde un punto de vista “productivo”, pero para poder darle sentido, es necesario ver qué papel desempeñan la ciencia y el “método científico”, cómo se estructura la investigación y el porqué de esta, así como el papel que juega el conocimiento en esta sociedad tecnológica.

El qué se persigue realmente con el desarrollo de la investigación científica es un asunto complejo, ya que podemos observar, desde diferentes perspectivas, posibles motivaciones distintas para ese desarrollo. No debemos olvidar, de todos modos, que siempre operan los principios que Fromm atribuyó a la sociedad tecnológica: “si algo puede hacerse, debe hacerse” y “máxima eficiencia y rendimiento”.

Einstein planteó que en un futuro podría conseguirse una unificación de las leyes de la física, una especie de utopía en la que la humanidad desentrañe las leyes del universo, unificándolas en una suerte de teoría última. Este planteamiento, que podría llamarse incluso religioso, puede tener raíces en la necesidad de control. La experimentación con nanorobots (sin medir realmente las consecuencias que esto puede tener para el medio ambiente y la vida), la fusión entre el tejido vivo y la máquina, los *cyborgs* pueden ser otras manifestaciones de esa necesidad de control, responder a la resolución de miedos fundamentales del ser humano (la búsqueda de evadir a la muerte creando soportes artificiales para la vida mediante esa fusión mente máquina, por ejemplo).

La fascinación que a algunas personas les puede surgir ante la mera idea de esa fusión entre lo vivo y lo no-vivo, es un buen objeto de análisis, ya que es un reflejo de la patología de esta sociedad tecnológica.

Fromm, de nuevo, nos advertía ya en 1968, de la deriva de esta sociedad:

Un síntoma de la atracción que ejerce lo meramente mecánico es la creciente popularidad, entre el público y algunos hombres de ciencia, de la idea de que es posible en el futuro próximo construir computadoras que no diferirán del hombre en cuanto a su

1 En *La Revolución de la Esperanza*, Erich Fromm describe la sociedad tecnológica actual, sus principios y sus efectos en el hombre. Este último tema es uno de aquellos en los que más claros paralelismos podemos establecer con el texto de la FIJL.

pensamiento, sus sentimientos, o cualquier otro aspecto de sus funciones. El principal problema, a mi parecer, no es si tal hombre-computadora puede construirse, sino por qué la idea se está volviendo tan popular en un periodo histórico en que nada parece más importante que transformar al hombre del presente en un ente más racional, armonioso y amante de la paz. Uno no puede dejar de sospechar que la atracción que ejerce la idea del hombre-computadora es, a menudo, expresión de una huida, de la vida hacia lo mecánico y lo puramente cerebral.

La posibilidad de construir robots semejantes al hombre pertenece, de llegar a haberlos, al futuro. Pero en el presente tenemos ya hombres que actúan como robots. Cuando la mayoría de los individuos sean como robots, entonces no habrá, en verdad, problema para construir robots semejantes a los hombres.

(Fromm, 1968).

Parece que este texto podría ser de plena actualidad, cuando aun habiendo desarrollado de una forma increíble los medios técnicos para lograrlo, aún siguen sucediéndose los desarrollos científico-técnicos que parecen apuntar hacia una fusión entre el hombre y la máquina, o entre la materia “viva” y la “no-viva”.

La fascinación por lo mecánico, que lleva a colocar el progreso técnico en lo más alto, constituye una atracción por la muerte, una suerte de “necrofilia”, que lleva “en su forma menos drástica, a la indiferencia por la vida, en lugar de a ‘la reverencia por la vida’”. Aquellos que se sienten atraídos por lo no vivo son los que prefieren ‘la ley y el orden’ a las estructuras vivas, los métodos burocráticos a los espontáneos” (Fromm, 1968). Llama la atención lo que denomina “indiferencia hacia la vida”. Como preguntan, desafiantes, Jensen, y Draffan, en *Bienvenidos a la Máquina* (2009):

¿Cuántas máquinas hay en un radio de tres metros a tu alrededor?
¿Cuántas plantas salvajes o animales hay en un radio de 30 metros a tu alrededor? ¿Te abres a ellas? ¿Sabes quiénes son, individualmente?
¿Tienes alguna idea acerca de lo bien que te pueden llegar a conocer?

La necesidad de control mediante el conocimiento no es exclusiva del saber científico, sino que es imprescindible en la visión del mundo tecnológico, entendiendo ese conocimiento como un instrumento de control social, de represión. Como señala Marcuse en *Eros y Civilización* (1965), la restricción de la existencia biológica y social es la precondition esencial del progreso. Las pulsiones, el “Eros incontrolado –señala el autor– es tan fatal como su contrapartida, el instinto de muerte, sus fuerzas destructivas –las del Eros– provienen del hecho de que aspira a una satisfacción que la cultura no puede permitir: la gratificación como tal, como un fin en sí misma, en cualquier momento”.

Freud, en *El Porvenir de una Ilusión*, oponiendo el discurso científico al religioso, afirma que la religión se basa en el hecho de ser aceptada por tradición, porque nuestros antepasados han ido transmitiendo las pruebas de la certeza de los principios religiosos, y por la prohibición de cuestionar la veracidad de tales principios. Por el contrario, los principios científicos serían comprobables, y aspiran a ser aceptados sin la previa comprobación tan sólo por la imposibilidad de hacer siempre tales comprobaciones, pero

con el camino abierto a ello. Por otro lado, afirma Freud (1927) en este mismo libro –cito textualmente:

Si les enseñamos que la existencia de un Dios omnipotente y justo, de un orden moral universal y de una vida futura son puras ilusiones, se considerarán desligados de toda obligación de acatar los principios de la cultura. Cada uno seguirá, sin freno ni temor, sus instintos sociales y egoístas e intentará afirmar su poder personal, y de este modo surgirá de nuevo el caos, la que ha llegado a poner término una labor civilizadora ininterrumpida a través de muchos milenios.

¿Cómo puede entonces ser compatible la idea de una ciencia agnóstica, que rechaza u obvia la idea de Dios, que se contrapone, en muchas ocasiones, a las ideas religiosas cuyos defensores mantienen una pugna constante contra presupuestos básicos del racionalismo científico actual –como es el caso de los creacionistas que pretenden que en los colegios se enseñe la versión bíblica de la creación al mismo nivel que la Teoría de la Evolución, o sustituyendo a ésta? En otras palabras, si la religión ha servido como la argamasa para mantener en pie el edificio de la civilización, es “la ciencia” quien la ha sustituido, cuando evidentemente, en los lugares “más desarrollados” en el plano técnico-científico la religión ya no tiene el peso suficiente como para servir de justificación para esa sociedad. La ciencia se ha convertido en su perfecto sustituto.

Conclusiones

Acudimos como conclusión a un texto de Abraham Guillén: “El hombre asalariado capta el cambio tecnológico, yendo del asombro al estupor, pero no sabe que a más productividad tiene menos libertad, menos socialismo, más desocupación, más capitalismo totalitario”.

En la medida en que crezcan las burocracias estatales, tanto en un nivel territorial como en la intimidad del ser humano, mediante la interiorización de la burocracia y la tecnificación y normativización del entorno privado, el futuro de la humanidad, entendiéndola desde un punto de vista más antropológico que biológico –sin entrar a valorar las consecuencias ecológicas que tiene este tipo de sociedad–, es incierto. Los cambios que necesitamos a nivel subjetivo para adaptarnos a una sociedad cada vez más tecnificada, controlable y reglada difícilmente pueden darse sin la contrapartida de alienación, y por tanto, deshumanización.

Referencias

BOP Valladolid nº 76, de 31/03/2012

Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión. Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.

Fromm, E., (1968) *La revolución de la esperanza*. México: FCE, 1970.

Hobbes, T. (1615). *Leviathan*. Digireads.com Publishing, 2009.

Jensen, D. y Draffan, G., (2009). *Bienvenidos a la Máquina*. Madrid: Klinamen.

Marcuse, H., (1965). *Eros y Civilización*. Barcelona: Seix Barral, 1968

Marx, K. (1844). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. México: Grijalbo.

Mumford, L. (1967) *El mito de la máquina*. Buenos Aires: Emecé, 1969.

Varios autores (2003) *Afilando nuestras vidas: Reflexiones anárquicas*. Madrid: FIJL.

Fecha de recepción: 13 de octubre 2013

Fecha de aceptación: 22 de febrero 2014